

# **HOLMES EN LAS CORTES**

**INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. D. SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL, SENADOR VITALICIO DEL  
REINO DE ESPAÑA, EN EL MARCO DE LA COMISIÓN DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA DEL  
SENADO. AÑO 1912.**

De los muchos relatos que escribió mi colega, el doctor Watson, para narrar las aventuras de su primero compañero de piso, y después amigo, el señor Sherlock Holmes, solamente una muy pequeña parte fue publicada en *The Strand Magazine* y otras revistas de la ciudad de Londres para conocimiento del público general. Por el contrario, la mayoría de ellos quedaron dentro del ámbito privado por distintas razones. Algunos eran casos excesivamente triviales que no merecían ser conocidos, otros en cambio suponían una muestra tan inverosímil de las capacidades mentales de su protagonista que fueron desechados ante la certeza de que nadie les daría crédito. Hubo también historias cuya publicación fue vetada por el propio detective, bien por referirse a personas conocidas que podían verse afectadas al revelarse los hechos, bien por tratarse de casos en los que su participación fue requerida a petición de gobiernos extranjeros y que, por lo tanto, constituían secretos de estado.

Antes de pasar adelante debo aclarar a sus señorías la manera en la que trabé relación con el doctor Watson. Fue a raíz de mi visita a Inglaterra, dentro de la gira de conferencias que ofrecí en las más importantes ciudades europeas tras la concesión del premio Nobel de Medicina, cuando fuimos presentados en el marco de una fiesta que en mi honor había reunido en un club londinense a algunas de las personalidades británicas más relevantes. Intentando, como suelo, escapar de las rigideces protocolarias, me acerqué a él, ya que siempre me habían interesado sus relatos y me parecían admirables las dotes deductivas de su genial amigo. Nuestra conversación discurrió por los cauces de una entrañable cordialidad, ya el doctor Watson estaba al tanto de mis investigaciones sobre el tejido cerebral y se mostró muy interesado en ciertos detalles, hasta el punto de invitarme a tomar el té en su casa al día siguiente, oferta que acepté gustosamente llevado por la curiosidad de conocer mejor a quien había sido amigo y cronista del mejor detective de todos los tiempos.

La siguiente tarde tuve el honor de visitar su casa y mantener una deliciosa conversación en la que ambos pudimos aprender del otro; mientras que mis explicaciones sobre la estructura neuronal del cerebro humano produjeron gran interés en mi anfitrión, no fue menor el que yo mostré a medida que me fue revelando anécdotas personales de su convivencia con el señor Holmes y de los casos en los que tuvo la oportunidad de participar como testigo directo. La hora del té se prolongó hasta altas horas de la noche, enfrascados como estábamos en nuestras historias, y al final de la velada quiso mi insigne colega obsequiarme con lo que él denominó “un regalo de valor incalculable”. Sacó de un cajón de su escritorio unos pliegos de papel manuscrito y me los entregó haciéndome prometer que mantendría su contenido en el más absoluto secreto, ya que se trataba de la crónica, escrita de su puño y letra, de uno de los asuntos en los que intervino “mi buen amigo, ése por el que usted profesa tanta admiración como yo mismo”. Me explicó que era una de esas historias que por su relevancia jamás verían la luz y por la que yo tendría un especial interés ya que afectaba a mi país.

Confieso que me faltó tiempo, nada más llegar al hotel en el que me alojaba, para devorar la historia que tenía el privilegio de tener entre mis manos. Se refería a un caso ocurrido hacía ya varios años, concretamente en 1885, y en el cual la presencia del señor Holmes fue requerida en Madrid por el gobierno español para resolver el robo de una importante pieza de arte, tanto por su valor intrínseco como por su simbolismo. Asombrado descubrí el relato de unos hechos parcialmente desconocidos para la opinión pública española y que por la acertada intervención del detective no supusieron una merma del patrimonio nacional.

Como es lógico conservé el relato como un tesoro y jamás, haciendo honor a la palabra dada, he revelado a nadie su contenido a lo largo de estos años, ni he hecho el más mínimo comentario sobre el asunto que dio pie a su escritura. Es ahora, cuando en el seno de la Comisión de Instrucción Pública se está elaborando un informe sobre el patrimonio español en manos de particulares extranjeros, con el objetivo de presentar reclamación para su devolución, cuando creo conveniente sacar a la luz los hechos del manuscrito, que deben servir de muestra de lo que ha venido ocurriendo en España durante las últimas décadas, en las que el expolio de nuestros tesoros artísticos en sus más diversas variantes se ha convertido

en una lacra que debemos detener. Y si es mi deseo que las siguientes líneas formen parte del informe es porque precisamente afectan a una de las escasas piezas del tesoro de Guarrazar que todavía se conservan en el territorio patrio, y ya que se ha decidido hacer de la reclamación de dicho tesoro a Francia la punta de lanza de nuestras exigencias, creo conveniente detallar el peligro que corrió una de sus piezas más preciadas.

Por supuesto, he solicitado previamente el permiso del autor, que ha consentido única y exclusivamente en su divulgación dentro del marco de esta Comisión del Senado, con la condición de que la sesión en la que se tome conocimiento del asunto sea de carácter secreto, como así fue acordado en la última reunión y figura en el orden del día.

Albergo la esperanza de que esta pequeña historia nos ponga en alerta ante el creciente peligro de que nuestro extensísimo patrimonio histórico, heredado de nuestros antepasados, sea expoliado hasta su completa desaparición por gentes que sólo buscan el lucro y que, advertido el peligro, desde los poderes públicos seamos capaces de ponerle remedio a tiempo.

**DOCUMENTO ADJUNTO A LA INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. D. SANTIAGO  
RAMÓN Y CAJAL**

**LONDRES**

Aquella mañana, lluviosa y desapacible como suelen ser las mañanas del diciembre londinense, cuando volví al 221B de Baker Street tras pasar mi consulta matutina, con el ánimo dispuesto a tomar el nutritivo almuerzo que sin duda tenía ya preparado la señora Hudson, me encontré con un Holmes inusualmente dicharachero, que me recibió con una de las desconcertantes preguntas a las que poco a poco me iba acostumbrando.

- Dígame, Watson, ¿qué conoce sobre el estado político actual de España?

Desde que nos conocimos habían pasado ya aproximadamente cuatro años y bien sabía que esas extrañas salidas de mi compañero de piso solían tener alguna justificación, por lo que expuse a mi amigo mis escasos conocimientos sobre la política española.

- Me temo que no puedo ser demasiado prolijo en ese tema, Holmes, pero he leído en *The Times* que hace pocos días ha fallecido su rey... Alfonso X si no recuerdo mal.

- Para ser exactos el fallecimiento se produjo el 25 de noviembre y el rey era Alfonso XII, pero va bien encaminado.

- Cierto, Alfonso XII. Con la particularidad de que deja encinta a la reina viuda y tendrá un hijo póstumo, que todos esperan sea varón para que herede la corona por delante de sus dos hermanas; de hecho no se ha nombrado heredera al trono a la primogénita a la espera de conocer el sexo del nonato. No se trata de una monarquía tan consolidada como la de nuestra soberana Victoria, si no me equivoco hubo un breve periodo republicano y luego se llevaron a Madrid a un italiano para darle la corona.

- Amadeo I, efectivamente, veo que tiene un conocimiento bastante acertado.

- Pero escaso, Holmes, porque no sabría mencionar mucho más sobre el tema.

- Bien, y sin embargo debo hacerle otra pregunta, ¿podría dejar su consulta en manos del doctor Wilkinson durante digamos siete días?

- No tengo la menor duda de que mi viejo colega Malcolm se prestará encantado a sustituirme por unos días, siempre que le dé una buena razón para ello.

- Podría escribirle una nota ahora mismo explicándole que tiene que acompañar a su compañero de apartamento a España por un asunto de trabajo. Ya sabe cuánto aprecio su compañía y su visión de los casos en los que participo.

- Estaré encantado de ir con usted y prestar mi opinión sobre lo que sea que tenga entre manos, pero bien sabemos los dos que seré de poca ayuda.

- Perfecto. No se molestará entonces si le digo que contaba con su aprobación para este pequeño viaje y me he tomado la libertad de pedirle a la señora Hudson que preparara su maleta, además de comprar los billetes del tren que nos llevará a Portsmouth, desde donde tomaremos el vapor hasta Bilbao, ciudad que por desgracia no podremos visitar, ya que nos estarán esperando las autoridades españolas para llevarnos a Madrid con la máxima celeridad.

- ¡Caramba, Holmes! No dejará usted nunca de sorprenderme.

En sólo unos minutos mi amigo estaba trastocando otra vez mi rutina como a menudo le gustaba hacer, pero bien sabíamos los dos lo mucho que yo disfrutaba con estas sorpresas que de repente nos colocaban ante una investigación que más de una vez nos había sacado de las comodidades del hogar londinense, aunque nunca hasta ahora nos habían llevado tan lejos.

- Y dígame, ¿qué asunto es éste que nos lleva hasta España? ¿Quién le ha contratado? ¿Se trata tal vez de un asesinato?

- Si no lo toma como un desaire, le diré que prefiero explicárselo mientras estemos embarcados, ya que una de las características de este caso es la urgencia que reviste, y de hecho tenemos ya un coche de punto esperándonos en la puerta para llevarnos a la estación de Waterloo. Escriba por favor esas líneas al doctor Wilkinson para que se haga cargo de sus pacientes y no se olvide de su maleta.



### **RUTA MARÍTIMA PORTSMOUTH - BILBAO**

Un trayecto en los vagones de primera clase del expreso Londres-Portsmouth nos permitió salvar las primeras 75 millas de nuestro viaje para embarcar, una vez llegados a la ciudad portuaria, en el *Dorothy Johnston*, uno de los vapores más modernos de la *Peninsular and Oriental Steam Navigation Company*. Hacía ya algún tiempo que no experimentaba la sensación de afrontar un viaje que me llevaría al extranjero e indefectiblemente mi mente asoció el característico vaivén provocado por el oleaje con los largos trayectos que tuve que afrontar cuando serví en el ejército de Su Majestad en la lejana Asia. En esta ocasión la aventura no sería tan lejana ni tan sangrienta, al menos eso esperaba, pero una vez acomodados en uno de los camarotes de babor, sin otra tarea que esperar el fin de la singladura, había llegado el momento de que mi compañero aportara algo de luz a mi curiosidad.

- ¿Recuerda que me prometió una explicación algo más detallada sobre el objeto de nuestro viaje?

- Por supuesto, puede preguntarme lo que desee – contestó un Holmes que desde que embarcó parecía haber perdido parte de la enérgica vitalidad que había mostrado al comienzo del viaje, y ahora parecía ceder a una de sus fases introspectivas.

- En primer lugar me gustaría saber quién ha requerido sus servicios y qué es lo que va a investigar exactamente.

- Quién y qué. Buenas preguntas para empezar, aunque le faltaría el cuándo, el dónde y el por qué. Déjeme que le haga un breve resumen y luego podrá preguntarme por todos los detalles que necesite aclarar. Como bien me dijo esta mañana cuando le pregunté sobre España, la situación política en la que se encuentra la monarquía reinante no es todo lo sólida que les gustaría a sus gobernantes. Desde la restauración de 1874, el recientemente fallecido Alfonso XII ha intentado modernizar en cierta medida el país y para ello uno de sus objetivos fue la estabilidad institucional, de la mano de Cánovas del Castillo, su presidente del Consejo de Ministros. Ahora bien, su muerte a temprana edad ha dejado en suspenso la continuidad de la dinastía, con el peligro del reavivamiento de las reclamaciones del trono por parte de la corriente carlista y las posibles injerencias del reagrupado movimiento republicano, que vería con buenos ojos un cambio en la jefatura del Estado. El hecho de que no haya dejado un heredero varón y que todo el país esté a la espera de que el embarazo de la reina llegue a buen puerto y sea un niño, puede provocar ciertas fricciones y no debería descartarse la reanudación de un enfrentamiento civil. Por eso es por lo que el propio presidente del Consejo de Ministros, el recién nombrado Mateo Sagasta, ha sido quien ha requerido de mis humildes servicios a través del embajador español en Londres. Eso responde a su pregunta sobre quién.

- ¿Su misión es evitar una guerra civil?

- Afirmar eso es demasiado exagerado, no creo que en ningún caso vaya a llegar la sangre al río, si me permite la expresión, pero así es como me han querido dibujar la situación a la hora de convencerme para que aceptara el caso, cosa que por otro lado no era necesaria, ya que hace tiempo que quería visitar Madrid y la cantidad que me han ofrecido por mis servicios era irrechazable. Pero me temo que es todo mucho más prosaico que eso.

- Siga adelante, ciertamente cada vez está despertando más mi curiosidad.

- Verá, Watson, la jura de la Constitución por María Cristina de Habsburgo está prevista para el 30 de diciembre y para reforzar la legitimidad de la reina regente el gobierno había pensado en recurrir a todos

los símbolos posibles que la presenten, tanto a ella como al nonato, como herederos directos de la monarquía española. En una operación de propaganda ante la opinión pública quieren entroncarlos con los Austrias, los Reyes Católicos y hasta con los reyes visigodos. Y para ello la idea fue exponer en el Congreso de los Diputados, para todo el que quisiera visitarlo, una serie de objetos que simbolizan esa continuidad: el cetro de Carlos III, la armadura de Felipe II, el trono de la reina Isabel la Católica y la corona del rey Suintila.

- Disculpe mi ignorancia, pero mientras de los primeros sí he oído hablar en alguna ocasión, no tengo ni la más remota idea de quién es ese tal Suintila.

- Lógico, querido Watson, aunque fue uno de los reyes godos que los niños españoles tienen que memorizar en la escuela, no puede decirse que tuviera un papel muy destacado en la historia. Sin embargo su corona formaba parte del tesoro de Guarrazar.

- Jamás he oído mencionar ese tesoro.

- Ni usted ni prácticamente ningún inglés. Sin embargo en España la noticia de su descubrimiento causó cierto revuelo hace unos años, porque sus descubridores pensaron que ir vendiendo de una en una las piezas de oro y piedras preciosas de la época visigoda que habían encontrado, sin mencionarlo a las autoridades, era lo más conveniente para sus arcas. Muchas se fundieron en Toledo y casi todas las demás se vendieron al estado francés, hasta que la prensa se hizo eco de la noticia y el gobierno se vio obligado a intervenir. Para entonces apenas quedaba nada y el descubridor del tesoro, para hacerse perdonar, regaló a la reina Isabel II las últimas piezas que tenía, entre ellas la corona de Suintila que nos está llevando de camino a la Península, porque es por la desaparición de esta joya por lo que se han requerido mis servicios. Ahí tiene el qué.

- ¿Ha sido robada en el propio Congreso? ¿Un robo con violencia?

- No me han querido adelantar demasiados detalles, pero sí le puedo confirmar que no ha habido violencia. Simplemente la corona desapareció. Imagínese el ridículo del gobierno cuando después de unas pocos días con la exposición recibiendo a miles de madrileños cada día, ha tenido que cerrar sus puertas sin dar explicaciones. El carácter legitimador de la dinastía que querían imprimir con la exhibición podría



tener el efecto inverso si la prensa se enterara y lo diera a conocer. La imagen que se daría de la nueva regente y su gobierno sería de inseguridad, el pueblo y los opositores pensarían que si no son capaces de salvaguardar un tesoro tan valioso, difícilmente podrían hacerlo con el propio país y por eso ahora se quiere recuperar la corona a toda costa

- Comprendo. Y seguramente desean recuperarla antes de la jura de María Cristina, ¿me equivoco?

- En absoluto. Ésa es la condición que me han impuesto para poder percibir mis honorarios.

- Y usted lógicamente lo ha aceptado.

- Sin duda. Confío en mis dotes deductivas y cuento con su excepcional ayuda. Y dado que los gastos del viaje y el alojamiento están pagados, en el peor de los casos habremos disfrutado de un grato viaje a Madrid en primera clase.

- Y yo le agradezco que haya contado conmigo para acompañarle, aunque como de costumbre no creo que pueda serle de ayuda.

- No se subestime, querido Watson, no se subestime.



### ESTACIÓN DEL NORTE. MADRID

Cuando llegamos a la capital de España una representación de las autoridades nos esperaba en la estación del Norte, un coqueto edificio recientemente construido y puesto en servicio, desde cuyo exterior se podían adivinar en lontananza las formas del Palacio Real. Ante nosotros se presentó el jefe superior de la Policía Gubernativa, señor Garrido-Robles y el ministro de Gobernación, don Raimundo Fernández Villaverde, con órdenes de conducirnos al Palacio del Senado para mantener una entrevista con el presidente Mateo Sagasta, donde nos pondrían al corriente de todo lo avanzado en la investigación.

- Su ayuda será bienvenida, señor Holmes, pero le adelanto que ya hemos detenido al culpable y sólo es cuestión de tiempo el que consigamos que confiese el lugar donde ha escondido la corona – dijo el señor Garrido-Robles mientras se perfilaba las puntas de su afilado bigote entre el índice y el pulgar.

- En ese caso, lamento no haber llegado con la rapidez suficiente.

- No está nada claro, jefe superior, no está nada claro... – terció el ministro con expresión irritada –. El Presidente ha sido tajante en cuanto a que toda la información se le proporcionará cuando estemos ante él, por lo que si tiene la bondad de acompañarnos en el coche que tenemos preparado...

- Me gustaría pedirles un favor, tengo el capricho de ir a pie hasta el Senado acompañado por mi amigo el doctor Watson. Cuando supe que vendría tuve la previsión de estudiar la cartografía de la ciudad y sé que es un breve paseo del que me gustaría disfrutar.

- Un paseo cuesta arriba – precisó el jefe de la Policía.

- Tanto mejor, de esa manera podremos disfrutar con más reposo de las vistas que nos ofrece su maravillosa ciudad durante nuestro ascenso.

- Está bien, pero tenga en cuenta por favor que el asunto que nos ocupa es urgente y que bajo ningún concepto debe hacerse esperar al señor Presidente del Consejo de Ministros – concedió el ministro.

- No se preocupen, en veinte minutos estaremos allí.

Tras el largo viaje en tren que acabábamos de terminar, el paseo por la Cuesta de San Vicente arriba nos resultó sumamente agradable y pudimos tomar nuestro primer contacto con la ciudad mientras desentumecíamos las piernas.

- Dígame, Watson, ¿no le ha recordado a alguien en particular nuestro anfitrión, el señor Garrido-Robles?

- ¡Por las barbas de Belcebú, Holmes! ¡Es el vivo retrato del inspector Lestrade!

La franca carcajada de mi amigo resonó por toda la calle.

- Jamás hubiera creído que nos encontraríamos con la versión ibérica de nuestro competente amigo de *Scotland Yard*, sólo espero que se emplee con tanto celo en las investigaciones como él.

- Ha dicho que ya tienen un sospechoso.

- Y el ministro le ha tenido que desmentir. Piense en la presión a la que está sometido y en las prisas que debe tener para resolver el caso antes de que intervenga un hijo de la páfida Albión.

- ¿Entonces no cree que hayan hallado la pista correcta?

- Mi intuición me dice que no, pero pronto nos pondrán al corriente, ya que me parece que ese edificio de ahí es el Senado.



### PALACIO DEL SENADO. MADRID

Terminado el recorrido, nos estaban esperando en la puerta del palacio nuestros anfitriones para acompañarnos hasta los despachos de honor, donde nos recibió personalmente el Presidente del Consejo de Ministros, don Práxedes Mateo Sagasta.

- Bienvenido, señor Holmes, tome asiento si es tan amable. He preferido recibirle en el Senado por su proximidad con el Palacio Real y porque nos ofrece una mayor discreción, pero en cuanto le hayamos puesto al corriente puede desplazarse hasta el Congreso de los Diputados para comenzar con sus pesquisas, si así lo desea. Voy a pedirle al señor jefe superior de la Policía Gubernativa que le dé todos los detalles que conocemos hasta ahora del lamentable robo sufrido.

- Con su permiso, Excelencia – se adelantó, mientras permanecía de pie, el señor Garrido-Robles –. Como ya le habrán informado, desde hace varios días se exponían en el Salón de los Pasos Perdidos del Congreso una serie de piezas de un altísimo valor histórico, simbólico y también monetario. La apertura al público de la exposición se llevaba a cabo a las diez de la mañana y permanecía abierta de manera ininterrumpida hasta las seis de la tarde. Mientras la sala estaba abierta al público permanecían en su interior cuatro agentes uniformados y otros dos de paisano, además de la dotación de seguridad habitual del Congreso. Los días en los que se desarrollaba sesión del Pleno no se abría al público. Desde la hora de cierre hasta el día siguiente el Salón se cerraba con llave, que quedaba custodiada por el Portero Mayor. Otra copia la tenía el ujier del servicio nocturno de turno que habitualmente está en una mesa cerca de la entrada principal, pero al que se le había pedido, mientras estuvieran las piezas expuestas, que permaneciera toda la noche en el pasillo del orden del día, sentado delante de una de las puertas de acceso a la exposición. No hay nadie más en el edificio por la noche, pero todos los accesos al edificio están custodiados por la policía, que permanece en sus garitas de vigilancia del exterior. Ésta era, de manera

resumida, la situación previa al robo. No esperábamos que nadie fuera a intentar una acción como esa y por ello no se habían tomado medidas especiales, cosa de lo que ahora nos arrepentimos. Sólo se contemplaba un posible riesgo durante el horario de apertura al público, pero jamás creímos que por la noche alguien se atreviera a robar.

- Hábleme de cómo desapareció la corona.

- Fue la noche del 10 al 11 de diciembre; esa tarde se cerró la exposición con todo en orden y fue a la mañana siguiente cuando al entrar en la sala para comprobar que todo estaba en orden, como siempre se hace antes de la apertura al público, se percartaron de la desaparición.

- ¿Quién lo descubrió?

- El Portero Mayor, en compañía del ujier de noche. No se había forzado ninguna de las puertas de entrada al Salón de Pasos Perdidos y todo parecía intacto a excepción del vacío evidente en la vitrina donde se guardaba la corona. Enseguida dieron aviso a la policía que custodia el Congreso y al señor ministro de Gobernación, aquí presente. Al ser un asunto tan delicado yo mismo me he hecho cargo de las pesquisas, que nos han llevado a la detención del principal sospechoso, aunque no hemos conseguido que confiese el paradero de la pieza.

- Y dígame, ¿quién es ese sospechoso?

- Ginés García, el ujier que custodiaba la entrada a la sala. Interrogamos a los policías que esa noche estuvieron en el exterior de cada uno de los accesos y dieron fe de que nadie entró ni salió del edificio, por lo que rápidamente mis sospechas se centraron en él. En cuanto empecé a tomarle declaración dio muestras de gran nerviosismo, y ante las preguntas que le planteé acabó por desmoronarse.

- ¿Entonces ha confesado ser el autor del robo?

- No... no exactamente – titubeó el jefe superior.

- Rotundamente no, el señor García sostiene su inocencia – terció el ministro

- Bueno, eso quería decir a continuación.

- ¿Cuál es su hipótesis sobre la manera en que se produjo el robo? – intentó averiguar Holmes.

- Bien... Creo que una vez que el Portero Mayor cerró la exposición y se marchó a casa, el señor García aprovechó que tenía la copia de la llave para entrar subrepticamente, tomar la corona y asomarse a una de las puertas, donde seguramente se la entregó a un cómplice, aprovechando algún despiste de los policías del exterior, tal vez el cambio de turno. Este plan debía de haberlo estudiado previamente y aprovechó que esa noche era su turno para ejecutarlo.

- ¿Cree posible que ocurriera ese despiste en los guardias de las puertas en el que se basa?

- Tal vez, un despiste lo puede tener cualquiera. De todas maneras hemos investigado y el sospechoso tiene importantes necesidades económicas, así que es seguro que vio en el robo una manera rápida de salir de sus apuros.

- ¿Me sería posible interrogar al detenido? – preguntó Holmes dirigiéndose al ministro.

- Por supuesto, hemos pedido que lo trasladen a una sala del Congreso para que pueda proceder a su interrogatorio al tiempo que visita el lugar de los hechos.

- Le estoy muy agradecido – dijo Holmes inclinando levemente la cabeza –. Siendo así, convendría que fuéramos allí lo antes posible.

- Sé que no es necesario que lo recuerde, pero este asunto debe ser tratado con la máxima discreción y solucionarse con la mayor brevedad posible, ya que el prestigio de la reina regente, de su heredero y tal vez de la propia monarquía española están en juego en estos momentos – intervino Sagasta –. Cada día que pasa con la exposición cerrada aviva la curiosidad de la prensa, que si llega a enterarse de lo ocurrido y hacer público el robo nos dejaría en una posición muy comprometida.

- Cuento con ello, Excelencia.



### **PALACIO DEL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS. MADRID**

Tras un breve traslado en simón, en cuyo recorrido atravesamos y admiramos la concurrida Puerta del Sol, llegamos al Congreso de los Diputados, con su entrada principal presidida por dos leones de bronce de gran tamaño. Holmes quiso dar una vuelta rodeando el exterior del edificio antes de entrar, durante la

que pude notar su aguda mirada fijándose en cada detalle del mismo, deteniéndose especialmente en cada uno de los accesos. A continuación, le pidió al jefe superior poder visitar el Salón de los Pasos Perdidos; esta sala de planta rectangular, bellamente ornamentada, presentaba un acceso en cada uno de sus cuatro lados, de los cuales tres habían estado permanentemente clausurados durante la exposición, accediéndose desde la puerta más cercana al hemiciclo, delante de la cual estaba la mesa del ujier del servicio nocturno. Tras una somera inspección de la vitrina vacía que ocupaba la corona, solicitó entrevistarse con el sospechoso y nos condujeron a un pequeño cuarto que hacía las veces de calabozo. Ante nosotros se encontraba un hombre de mediana edad, ojeroso y demacrado, que presentaba un palpable estado de nerviosismo y al que Holmes se dirigió con gesto amable, presentándose como un detective asesor de la policía contratado para ayudar en la recuperación de la corona.

- Si no es molestia, señor García, voy a hacerle unas breves preguntas sobre lo que ocurrió la noche del robo. Contésteme con toda sinceridad, ya que le anticipo que no creo que sea usted el culpable – comenzó mi amigo, provocando un respingo de perplejidad en el señor Garrido-Robles que nos acompañaba.

- Le diré todo lo que sé, pero no sé si será suficiente.

- En primer lugar, ya me han puesto al corriente de la manera en que notaron la ausencia de la joya, pero dígame, y sea sincero. ¿Estuvo despierto toda la noche y no notó absolutamente nada anormal, ya fuera un golpe, unos pasos o cualquier cosa que se saliera de lo normal?

- No – titubeó el detenido –. Todo el tiempo que estuve despierto fue todo normal y no sentí nada raro.

- Deduzco entonces que no estuvo todo el tiempo despierto.

- Bueno, veamos... Todo el tiempo, todo el tiempo, lo que se dice todo el tiempo, puede que no – contestó el ujier poniéndose pálido.

- Comprendo. ¿Cuánto tiempo diría que estuvo usted dormido? Puede ser franco conmigo.

- Mire, esto que me pasó nunca jamás me había pasado, se lo juro por mis siete hijos – dijo alternando la mirada entre todos los allí presentes con una expresión de dolor en la cara –. En todos los años que llevo

de ujier no me había quedado dormido nunca, porque veré, yo soy de poco dormir y con unas horitas que me eche en la cama antes de comer ya me es suficiente y además me entretengo con los diarios, ¿qué se yo?... *El Día, La Época, El Globo, El Imparcial*... me valen todos porque me gusta estar al tanto de lo que pasa y ver cómo las mismas cosas las cuenta cada uno según le parece. Aquí en el Congreso se compran todos los que salen en Madrid para que los lean los diputados y cuando me toca turno de noche los llevo a mi sitio y los leo de cabo a rabo, tengo labor para unas horas, leo bastante despacio ¿sabe usted señor detective?

- Me hago cargo, señor García, pero dígame ¿qué pasó aquella noche? ¿Cuánto durmió usted?

- Es que no me lo explico y mire que le he dado vueltas a la cabeza, pero no le encuentro explicación ninguna. Llegué aquí a mi hora, me aseguré de que estaba todo cerrado y me senté con mi labor, los periódicos, ya sabe lo que quiero decir, les llamo así, y yo creo que no había pasado ni media hora y me quedé frito. Vamos, tan frito que cuando abrí el ojo eran ya las siete de la mañana, de eso estoy seguro, será por falta de relojes que hay aquí en el Congreso, no sé ni cuántos hay, pero no falta reloj en ninguna estancia.

- Esto no nos lo había dicho antes – terció el jefe superior mirándole severamente –. ¿Se puede saber por qué le ha ocultado a la Policía un dato tan relevante?

- Lo siento mucho si ha sido así, pero es que si le digo a usted que me he quedado dormido todo el turno, mañana me ponen de patitas en la calle y a ver cómo les doy el pan a las siete criaturitas que me esperan en casa.

- ¿Así que nunca le había sucedido algo así antes? – centró de nuevo el interrogatorio Holmes.

- Se lo juro, que me caiga un rayo si miento, señor detective.

- Y dígame, ¿antes de entrar a su turno hubo algo anormal antes? ¿Por ejemplo algún desconocido que hablara con usted?

- ¡Parece que lo hubiera adivinado! Veré, antes de entrar al Congreso me gusta echarme al buche mi copita de chinchón en una taberna de aquí al lado mientras echo un párrafo con los parroquianos, pero ese día además estuvo un señor muy raro, un alemán o algo así, yo creo que el acento era de esa parte, que se

acercó a mí, me invitó a la copa y por si fuera poco me dijo que si quería probar un dulce que traía y que a lo mejor le vendía la receta a alguna confitería de Madrid.

- ¿Y usted lo probó?

- ¡A ver! Yo soy muy goloso, eso lo saben todos los que me conocen y justo antes de pasar aquí la noche ¿a quién no le apetece un pastelito, no cree?

- ¿Notó algo especial en ese pastel?

- La cosa es que ahora que lo pregunta, a mí me extrañó mucho que tenía gusto a cerezas, pero eso no puede ser en pleno mes de diciembre... Yo diría que eso es lo que tenía de especial, porque por lo demás era un dulce bastante normalito, si ésas son las novedades que nos traen de Alemania, me parece que mejor nos quedamos como estamos.

- Pasando a otra cosa, necesito que haga memoria. Cuando a la mañana siguiente descubrió el robo junto al Portero Mayor y dieron aviso a la policía, ¿vieron algún movimiento sospechoso? ¿Tal vez alguna persona desconocida o a la que no le correspondería estar allí?

- Pues no sabría decirle. No vimos a nadie raro como usted dice, nos habría saltado al ojo, pero también le digo que cuando llegaron los policías allí se formó un revuelo de mil demonios y vaya usted a saber si se coló alguien.

- De acuerdo señor Ginés, su testimonio ha resultado de gran utilidad y tengo esperanzas de que pueda servir para exculparle pronto.

- Que Dios se lo pague si es así, yo le juro que soy inocente.

Concluido el interrogatorio Holmes solicitó visitar el hemiciclo, cuya inspección había dejado para el final. Durante unos minutos se paseó entre la tribuna y los escaños armado con su lupa, revisando minuciosamente las alfombras. A continuación subimos a la tribuna de prensa desde la que disfrutamos de una visión elevada de la sala. Mi compañero elevó la vista a la bóveda recubierta de pinturas alegóricas.

- ¿El lucernario se abre directamente al tejado del edificio?

- No, comunica con una estancia, una especie de buhardilla que alberga la estructura de madera de la bóveda.



- ¿Podría visitarla?

Cuando accedimos a ella pudimos observar las vigas que soportaban el tejado del edificio a la manera del casco de un barco, y en el centro el lucernario de cristal entreabierto. Mi amigo fue inspeccionando tanto las vigas como la vidriera en forma de abanico que se abría al hemiciclo. Al poco tiempo emitió un pequeño grito de júbilo.

- Fíjese, señor Garrido-Robles, un trozo de cuerda atado a esta viga y deshilachado y roto en su extremo. Mucho me temo que alguien entró por aquí con malas intenciones y no tuvo el tipo de aterrizaje que esperaba.

- ¿Cree posible que alguien entrara por aquí?

- No me cabe duda, he observado que la parte trasera del edificio tiene una parte con un ángulo muerto que no se puede controlar desde las garitas de vigilancia y que la disposición de las ventanas y la distancia entre ellas se prestan a que un buen escalador pueda llegar hasta el tejado sin ser visto. Reúnamonos con el señor ministro y les explicaré a quién deben buscar.

Avisado el señor Fernández Villaverde, nos encontramos con él en una sala utilizada para las sesiones de las Comisiones. No sabía cómo había llegado a una conclusión, pero estaba claro por la expresión de su cara que Holmes se había formado una hipótesis que creía cierta y había llegado el momento de mostrar algo de luz a las tinieblas del caso.

- Voy a intentar ser lo más claro y concreto posible. La persona que entró en el Congreso y robó la corona de Suintila no es Ginés García, sino alguien mucho más peligroso, un auténtico profesional del robo y el crimen. Con un poco de suerte creo que podrán encontrarle todavía en Madrid y recuperar la joya, para lo que es fundamental que se desplieguen lo más rápido posible, y de la manera más discreta y simultánea de la que sean capaces, por todos los hoteles, fondas y pensiones de la ciudad, muy especialmente por aquellos cercanos al Congreso. Deben buscar a un extranjero, más concretamente de Ruritania, llamado Rupert de Hentzau, aunque es seguro que se habrá registrado con un nombre y una nacionalidad falsa. Su rasgo más reconocible es su acento y el hecho de que, si no estoy errado en demasía, llevará guardando

reposito todos estos días desde que se cometió el robo. Lo más probable es que tenga una pierna o un tobillo roto, más concretamente los de la derecha.

Rápidamente el jefe superior llamó a varios de sus ayudantes y salió con ellos de la sala mientras les impartía las órdenes necesarias, dejándonos a solas con el señor Fernández Villaverde.

- Puede confiar, señor Holmes, en que si lo que nos acaba de decir es cierto, ése hombre será detenido. Tal vez el señor Garrido-Robles no destaque por su imaginación a la hora de resolver casos complicados pero no hay un policía más eficaz en todo el país cuando se trata de aprehender a un delincuente que se ha fijado como objetivo – dijo el ministro de Gobernación.

- Ojalá sea así, pero le adelanto que en esta ocasión va a tratar con un bribón temible, conocido en muchos países de Europa, por donde ha ido dejando su rastro de robos y crímenes desde que tuvo que exiliarse de Ruritania tras participar en una conspiración contra su rey Rodolfo.

- Si al menos recuperamos la corona, su esfuerzo habrá merecido la pena. Pero dígame, si no es indiscreción, ¿cómo puede estar tan seguro de que ese ladrón está en España y es el culpable del robo?

- Por una cuestión gustativa. Creo que aún no habrán olvidado lo que nos ha contado el ujier al que han detenido por error con respecto al sabor a cerezas que tenía el dulce que le había proporcionado un extraño con fuerte acento extranjero. Por supuesto se trataba de Hentzau que, enterado de quién era la persona que haría guardia esa noche, puso en marcha su plan para neutralizar cualquier posibilidad de que alguien diera la alarma, habida cuenta de que ya habría observado, como lo he hecho yo, que subir hasta el tejado del edificio sin ser visto por los policías que montaban guardia en el exterior era factible para alguien acostumbrado a emplearse físicamente como él.

- No veo la relación que le ha llevado a identificarlo – repliqué a mi amigo.

- No tengo dudas de que aún no ha olvidado su experiencia como médico militar en la campaña de Afganistán, querido Watson, y seguramente allí tuvo que utilizar distintos sedantes antes de intervenir a los soldados heridos. Dígame, ¿recuerda alguna característica concreta del monohidróxido de terbutilo?

- Sin duda. Era una sustancia química que en aquel momento constituía toda una novedad, la sintetizó por primera vez en su laboratorio el brigadier médico Becker y efectivamente, tenía una fuerte acción sedante... y dejaba un penetrante olor a cereza en el ambiente.

- Que deduzco que también se transmite a los alimentos sobre los que se aplica. Me consta además, porque fue noticia en los diarios londinenses, que la conjura llevada a cabo para apartar al rey Rodolfo del trono en beneficio de su hermano incluyó la sedación del legítimo aspirante mediante alguna sustancia que le suministraron en el vino durante una francachela. Hentzau está familiarizado por lo tanto en el uso de químicos como medio para reducir a sus víctimas. Sin embargo, la producción y exportación de monohidróxido de terbutilo fue prohibida hace un par de años debido a que la exposición prolongada causaba importantes efectos secundarios a los médicos que estaban en contacto con ella durante periodos prolongados de tiempo. Ya sabe que estoy suscrito al *British Medical Journal* y precisamente en el número de abril había un interesante artículo sobre ello, que por supuesto le recomiendo leer. Allí se mencionaba que sólo tres países producen en la actualidad pequeñas cantidades de este compuesto para casos excepcionales, a saber, nuestro querido Reino Unido, la Prusia del brigadier Becker y su vecina Ruritania. Que precisamente una de las naciones en las que está disponible la sustancia coincidiera con la patria de un criminal buscado por las policías de varios países europeos me puso sobre la pista, máxime cuando según las informaciones de los diarios había perpetrado sus últimos robos en la vecina Portugal. Un canalla como él, siempre a la búsqueda de dinero y riqueza desde que se vio obligado a huir de su país, forzosamente se sentiría atraído por la noticia de la exposición de estas joyas en Madrid. Sólo me cabe la duda de si prevé vender la corona como un objeto de arte a algún coleccionista sin escrúpulos o simplemente la hará fundir para quedarse con el oro con el que está fabricada.

- Sabemos entonces que narcotizó al ujier de noche y que penetró por el tejado tras escalar por la parte trasera del edificio, ¿pero qué ocurrió luego? – preguntó el ministro con expresión atenta.

- Con toda probabilidad ató la cuerda que traía al efecto a una de las vigas de la estructura de la bóveda para descolgarse a través del lucernario hacia el hemiciclo, contando con que el único guardián del interior se encontraba en el más profundo de los sueños. Es un hecho que esa cuerda se rompió, ya que los restos

son los que encontramos en la viga y me atrevería a decir que Hentzau no había calculó correctamente la altura que lo separaba del suelo y, por lo tanto, había traído una cuerda más corta de lo necesario. A la vista de que debía afrontar una distancia apreciable desde donde terminaba la soga hasta el suelo, sospecho que pudo intentar algún movimiento oscilante que le impulsara para no caer sobre la zona de los escaños y alcanzar la zona central alfombrada, sobre la que había menos posibilidades de hacerse daño. El roce la de viga en la cuerda como consecuencia de ese movimiento fue la que provocó la rotura de la misma, la inspección de los restos a la vista de mi lupa no me ha dejado dudas al respecto, los cabos se han roto por fricción.

- ¿Entonces el ladrón se cayó? – interrogué a mi amigo.

- Elemental, querido Watson. Y no sólo se cayó, sino que además se lastimó una pierna o un tobillo. Pese a los días que han pasado desde la noche de los hechos, aún me ha parecido adivinar ciertas huellas sobre la alfombra del hemiciclo, con la particularidad de que hay varias del pie izquierdo consecutivas antes de ver una del derecho. El individuo iba dando saltitos sobre la pierna sana, apoyando la dañada sólo de vez en cuando.

- ¡Maravilloso, Holmes!

- Bueno, esto es algo que cualquiera armado de una lupa con los suficientes aumentos y adiestrado convenientemente en la observación de huellas habría podido deducir con la misma facilidad.

- ¿Y de qué manera pudo salir del Congreso? – preguntó Fernández Villaverde.

- Ése es, sin duda, el punto más oscuro, y tal vez si consiguen detenerlo puedan sonsacárselo. Mi hipótesis es que, aun renqueante, fue a cumplir su objetivo, tomó la corona y en vista de que era completamente imposible volver por el mismo sitio por el que había entrado, recogió los restos de la cuerda que habían caído con él y se escondió a la espera de que un golpe de suerte le permitiera salir a la mañana siguiente. Seguramente tuvo la bastante como para, aprovechando el tumulto creado por el descubrimiento del robo, conseguir escapar cojeando sin llamar demasiado la atención. Sin embargo veo poco probable que haya podido llegar más allá del sitio en el que se alojó y mucho menos haber salido de Madrid, de ahí que con una actuación rápida estén en condiciones de atraparlo.

- Esperemos tener noticias positivas en poco tiempo. Mientras tanto, dada la hora que es y conociendo las costumbres británicas en lo relativo a las comidas, podemos trasladarnos a L'Hardy para almorzar. Creo necesario invitarles a que prueben la gastronomía española, que a buen seguro les sorprenderá.



Al cabo de pocas horas tuvimos noticias del jefe superior de la Policía Gubernativa; habían encontrado a Ruperto de Hentzau en una fonda de la calle del Prado, tan maltrecho que sus desesperados intentos por huir no le sirvieron de nada ante los agentes públicos. La corona de Suintila estaba en el fondo del baúl que contenía las pertenencias del ladrón y fue reintegrada a su lugar en la exposición, que pudo reabrirse al día siguiente. Mi amigo y yo recibimos las felicitaciones de las autoridades e incluso nos ofrecieron una estancia en la capital española para ser testigos del juramento de la reina María Cristina, lo que nos anticiparon como un acontecimiento histórico para el país. Desgraciadamente, tanto Holmes por sus asuntos como yo por mis pacientes no podíamos ausentarnos por más tiempo de Londres y declinamos la invitación. Además de los parabienes, se nos advirtió de que nuestra participación en la resolución del caso debía permanecer en el más absoluto secreto, ya que no se daría a conocer a la opinión pública el robo acontecido y la versión oficial sería que la exposición se cerró durante unos días debido a unas obras inaplazables en el edificio.

Ésta ha sido la historia de cómo nos fue dado participar en un caso en España, muestra de que las brillantes habilidades como detective consultor de mi compañero de apartamento eran ya conocidas en todos los rincones de Europa y su presencia reclamada ante situaciones comprometidas.

John H. Watson

*\*Nota del editor: En la mañana del 4 de abril de 1921 la corona de Suintila, a la que hace referencia el relato del doctor Watson incluido en el informe del doctor Ramón y Cajal, fue robada de la Real Armería del Palacio Real de Madrid. Extrañamente, los medios de la época no dieron relevancia a este robo y apenas dedicaron unas líneas al tema. Pese a las pesquisas policiales, aún hoy, en el año 2023, continúa en paradero desconocido.*